

Propuestas de solución romance ante los anglicismos del discurso científico y técnico

Verónica Cruz Vivanco Cervero
Universidad Politécnica de Madrid
veronicacruz.vivanco@upm.es

Resumen

El presente estudio tiene por objeto ofrecer una propuesta de soluciones aceptables, de base romance, a los xenismos anglizantes que invaden el discurso científico y técnico español. La viabilidad de las propuestas se mide, principalmente, por la precisión, la claridad y la economía lingüística, por ser estos los rasgos de la voz presuntamente ideal. Creemos que si un tecnicismo español no se acopla a estos presupuestos, no se debe intentar su integración en la norma. Asimismo, la selección de términos alternativos debe seguir un criterio en el que se observen los puntos favorables o desfavorables que pueda conllevar la implantación del tecnicismo. Las abreviaturas empleadas en este trabajo son: DRAE (Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española), DUE (Diccionario de uso del español) y NDA (Nuevo diccionario de anglicismos).

Palabras clave: tecnicismo, anglicismo, polisemia, homonimia, economía lingüística.

Abstract

This article tries to offer a proposal of reasonable Romance solutions to the anglicisms of the scientific and technical Spanish discourse. The viability of the proposals is mainly measured by the features of accuracy, clarity and linguistic economy, the principal characteristics of the ideal term. If a Spanish technicism does not fit into the aforementioned rules, it must not be integrated in the standard language. In the same way, the selection of alternative terms should follow some guidelines in which the points for and against the inclusion of a technicism must be watched.

Key words: technicism, anglicism, polisemy, homonymy, economy linguistics.

Sobre la adopción de voces foráneas en una lengua de acogida

El anglicismo es muestra del intercambio de elementos lingüísticos entre dos lenguas (Gómez Capuz, 2005) y el contacto entre estas favorece la tendencia al mimetismo, y, lo

que resulta innegable es el contacto diario de los científicos e ingenieros, de cualquier nacionalidad, con el inglés (Balteiro, 2011: 25). Este idioma acuña anualmente alrededor de 25000 neologismos, 8000 de los cuales pasan a registrarse en los diccionarios. Gran parte de estas nuevas voces son tecnicismos.

Para Trujillo (1996) la adopción de voces extranjeras en otros idiomas puede venir motivada por la necesidad, es decir, por la falta de recursos en la lengua de acogida, punto que debatiremos a lo largo de este artículo. Para Pérez y Vivancos (1994:449), esta imitación de una lengua a otra puede aportar algunas ventajas: “El calco puede contribuir al enriquecimiento de la lengua, pues supone un proceso de imitación de un término no acuñado dentro del idioma, implicando un concepto totalmente original inexistente en la lengua importadora”. Tal afirmación tiene lugar en contadísimas excepciones, como puede ser, por ejemplo, en festividades religiosas o acontecimientos culturales muy específicos relativos a un idioma o nación. En contraste, veremos cómo los anglicismos técnicos no aportan otra cosa al acervo romance que la invasión de morfologías extranjeras en zonas que nuestras lenguas están perfectamente capacitadas para atender. Las diferentes lenguas romances cuentan con recursos terminológicos más que suficientes para bautizar los conceptos que surgen a diario. Walter (1994: 425) opina que la adopción de préstamos es muestra de viveza lingüística y de enriquecimiento léxico. Es cierto que una lengua viva se enriquece y cambia cada día, pero, sin lugar a dudas, lo conveniente es que el aumento del caudal de recursos de un idioma proceda de sus propias fuentes, y no de la producción exterior. Alvar (1991) piensa así sobre la normalización lingüística: “Tenemos que buscar las equivalencias necesarias para que nuestra lengua no padezca más intrusiones que las estrictamente imprescindibles, de modo que se salve su propia fisionomía”.

Realmente el español se doblega, de modo innecesario, ante las facilidades para la comunicación internacional. Esta es una clara ventaja que, sin embargo, no estriba en el inglés como lengua de calidad en sí misma, sino en las facilidades de comunicación internacional que conlleva la difusión del léxico de cualquier idioma, el que sea imperante en ese momento histórico, sea éste el inglés, el esperanto, el lituano o el gaélico.

Sin embargo, la adopción de xenismos, procedentes de cualquier idioma, en una lengua dada de acogida obra en contra del orgullo lingüístico que tienen todos los idiomas. Lorenzo (1999: 249) opina como sigue sobre la invasión de anglicismos en diferentes idiomas:

El impacto del inglés en el mundo de la comunicación no es tan hegemónico como ellos temen, pues aparte de haberse convertido, como hemos señalado, en otra lengua franca sin sabor mediterráneo, compite en desigualdad, por ciertas carencias, con las lenguas romances, el francés, el italiano, por su historia, y con el español actual, por su pujanza y demografía, incluso en un terreno que parece abonado para los mercaderes anglosajones, el del comercio.

Sin embargo, podemos mencionar algunas ventajas en la infiltración foránea de cualquier idioma, como la biunivocidad entre forma y significado que suele comportar la adopción de una forma novedosa; tan sólo es la singularidad de morfología, lo que confiere precisión al término. De este modo, se escapa del fenómeno de la polisemia, que es un lastre para las lenguas de especialidad. Si, por sólo citar un ejemplo, en lugar de usarse el anglicismo *flap* en el contexto técnico, se emplearan las formas españolas *solapa*, *lengüeta* o *aleta*, nos encontraríamos ante una morfología con un alto grado de polisemia, no sólo entre la lengua general y la de especialidad, sino también entre los múltiples lenguajes técnicos. Sin embargo, y como podemos apreciar, esta ventaja viene dada por la infiltración de cualquier voz extranjera en una lengua de acogida: lo mismo sucedería si el español infiltra un tecnicismo cualquiera en otro idioma receptor.

Desventajas en la adopción de tecnicismos del inglés

Si atendemos a la calidad semántica de las voces que aporta el inglés, observamos que, por ejemplo, *flap* es una voz con un elevadísimo índice de polisemia, además de coincidir, por un proceso de conversión, la forma nominal y la verbal, en lo que sería una homonimia de tipo gramatical.

Entre las múltiples causas que originan la aparición de homonimias (Vivanco, 2003) se encuentra siempre la paronimia como factor desencadenante de la igualdad morfológica. La analogía morfológica es el mayor cauce para la acuñación de homonimias, porque la similitud acaba desembocando en igualdad absoluta, al sufrir las lenguas un proceso de mimetismo: de permeabilidad lingüística, y de amoldamiento y solapamiento de una morfología sobre otra parecida. Dicho proceso aboca también, por lógica, a la adopción de términos foráneos, aclimatados o no a nuestras normas. Encontramos esta doble tendencia tanto en la adopción del anglicismo crudo *boggie*, como en su posterior intento de aclimatación a la lengua española bajo la forma *boje*, lo que origina la aparición de un caso de homonimia en nuestra lengua, como veremos más adelante.

A veces la adaptación de un anglicismo con el sano afán de que no desentone en nuestro idioma puede dar lugar también a problemas en la formación de familias de palabras. Piénsese para ello, en la adaptación a la fonética del español de la onomatopeya inglesa *zoom* bajo la forma *zum*, forma que figura como anglicismo expreso en el DRAE- si bien este diccionario no marca como anglicismos todos los que son (Lan, 2004)- para referirse al objetivo que permite el acercamiento o el alejamiento rápido de una imagen. Este tipo de anglicismos es muestra del amplio rango de su procedencia (morfología, semántica, fonética, etc.) tal como sostiene Gómez Capuz (2004.). En este caso, la adaptación es

adecuada, pero conlleva algunas vacilaciones en la adopción del verbo pertinente: ¿*usar el zum, dirigir el zum, zumear, zumbear...*? En otro orden de cosas, también nos planteamos cómo sería la representación morfológica que haga referencia al sustantivo referido al sonido (¿*zumbido*?), ya que el carácter de onomatopeya que ostenta la voz *zoom* en inglés se pierde en su adaptación al español. Por lo tanto, observamos cómo los intentos de adaptación de anglicismos causan, en ocasiones, problemas que afectan a la morfología y a la semántica del español.

Otro problema que se puede presentar, cuando un tecnicismo del inglés se recoge en diversas disciplinas del español de especialidad (Vivanco, 2006), es el de la polisemia. Incluso el fenómeno de la indefinición y significación múltiple puede darse dentro de un mismo campo de conocimiento, como sucede con *jet*, voz que comporta los significados de motor a chorro, y de avión a chorro o reactor. Para dilucidar tal diferencia, la lengua española puede añadir la forma *aero* a la raíz del segundo significado, lo que resulta en *aeroreactor*, voz que puede quedar fijada para bautizar en exclusiva a los aviones de tal tipo, mientras que la forma simple se atribuye, en exclusiva, al motor.

Sobre la presunta superioridad del inglés como lengua acuñadora de tecnicismos

Si pensamos en muchas de las denominaciones del inglés científico y técnico, las que usa el inglés y las que importa la lengua española, observamos que estas se acompañan de una cadena de significados, porque las lenguas genéricas y las de especialidad están en mutuo contacto, lo que es muestra de interacción y de enriquecimiento mutuo, pero también de un alto grado de ambigüedad.

Si atendemos a las características esenciales que debe poseer la creación terminológica, observamos que el inglés no suele cumplir las normas. Catalá (2003:503-504) indica que los tecnicismos se deben caracterizar por una extensión relativamente pobre y una intensión relativamente rica, es decir, por aportar significados precisos. La precisión debe ser la nota más importante del léxico técnico. El concepto de intensión semántica se relaciona con la exactitud y con la restricción en el número de objetos al que se refiere un signo lingüístico. El concepto contrario es la extensión, es decir la amplitud semántica de un término que, por fuerza, conduce al aumento en el número de referentes denotados.

Tal consideración de la creación terminológica está reñida con los ejemplos de tecnicismos del inglés que hemos visto anteriormente. Los casos analizados muestran el elevado índice de polisemia de la lengua inglesa como acuñadora de tecnicismos. En consecuencia, éstos resultan de escasa intensión y de alta extensión.

Dada la preponderancia internacional del inglés en el momento actual, tales términos se exportan a otras lenguas de acogida, como si se tratase de una panacea de acuñación

terminológica. Dichas voces quedan fijadas en los idiomas de acogida como ejemplos, por excelencia, de exactitud, precisión e intensidad, cuando, en realidad, no tienen tales características en la lengua de origen, el inglés. Sucedería lo mismo si el español importara términos de cualquier otro idioma: quedarían recogidos como ejemplos de exactitud, simplemente por el hecho de no tener competencia morfológica en el idioma receptor, aunque fuesen los términos más vagos y difusos en relación a la lengua de exportación. Es decir, la singularidad de forma, que, en lo lingüístico, es una mera apariencia, queda fijada como impronta de exactitud. Si, en contraste, atendiéramos al plano semántico nos daríamos cuenta de que la voz importada no tiene, en realidad, la calidad que debería mostrar un tecnicismo.

En las siguientes líneas vamos a exponer ciertos cauces y líneas de actuación que puede tomar la lengua española con el fin de erradicar algunos tecnicismos del inglés que, en realidad, no aportan nada a la lengua española.

Propuestas de base romance a los tecnicismos del inglés

El término *bogie* bautiza a una carretilla giratoria y resistente. El inglés tiene alternancia de formas: *bogie*, *bogey* y *bogy*, y a tales morfologías hay que añadir las geminadas, las que incluyen la reduplicación de la letra *g*, lo que arroja un conjunto de seis parónimos para una misma unidad de significación.

Observamos cómo el anglicismo anterior, *boggie*, incluso comporta problemas de homonimia y, por lo tanto, de claridad, además de ser una infiltración foránea en nuestra lengua. El DRAE ofrece una versión aclimatada del anglicismo, en la forma *boje*, morfología que causa una homónima en el diccionario, puesto que las dos entradas ofrecen étimos diferentes. La primera procede del latín *buxus* y designa a un arbusto, mientras la segunda viene del inglés. Se atribuye erróneamente a la forma *boogie*, el origen de la palabra; con total seguridad que el origen de la equivocación se encuentra en el corrector automático de los propios ordenadores, puesto que lo mismo le ha sucedido a esta autora al tratar de transcribir la voz de origen.

Otro diccionario, el NDA, añade el significado de *identificación de un avión enemigo en el radar*, también procedente de la forma inglesa *boggie*, con lo que el número de homonimias asciende a tres, número excesivo para la admisión de una voz extranjera en nuestra lengua. En inglés, asimismo, la voz muestra un alto grado tanto de casos de homonimia como de polisemia.

Se trata, por lo tanto, de calibrar cuál es la elección más aceptable de entre los problemas que plantean las diferentes morfologías, ya que cada una de ellas muestra problemas que afectan tanto a la lengua general como a la técnica. La propuesta más razonable de cara a

la eliminación de homonimias y polisemias parece, en este caso, la elección de un compuesto porque, si bien tiene la pega de la longitud, aporta claridad y univocidad morfológica-semántica.

Soluciones a este anglicismo son, por lo tanto, los términos *carretón* o *tren*, formas a las que se debe añadir la cadena preposicional *de ruedas orientables*. Si usamos, en exclusiva, el núcleo, *carretón/tren*, nos encontramos ante la desventaja de la polisemia, puesto que se da una referencia, en las múltiples acepciones, a significados que se centran en un conjunto de piezas con ruedas que se emplean para el transporte. La adición del compuesto preposicional *de ruedas orientables* elimina la polisemia.

De *coaxial*, el Webster dice: “*Having coincident axes. Referred to the same set of coordinate axes. Mounted on concentric shafts, used especially on airplane propellers or rotors driven independently and in different directions*”. Una hélice o rotor coaxial es la que tiene un eje con hojas que dan vueltas en sentido contrario. El adjetivo español *concéntrico* no incluye la especificación de que cada juego de hojas gire en sentido inverso, pero, tampoco lo hace el adjetivo inglés *coaxial*, que coge la raíz latina *axis-axes* (DUE) a la que añade la terminación *al*, frecuente en los adjetivos ingleses. *Coaxil* resulta, en consecuencia, una opción más adaptada al castellano, por la eliminación del sufijo inglés. Una propuesta aceptable en castellano puede ser la de *eje en contrafase*.

El *spoiler* es una pantalla que sobresale del ala y que tiene por objeto reducir la fuerza de sustentación y corregir algunas perturbaciones de control lateral. En latín ya existía el vocablo *espolium* con el significado de *botín de guerra*. Se trata de un anglicismo aclimatado ya que se añade *e* delante de la *s* líquida del inglés.

Ya que el significado de la palabra *expoliador*, además de producir polisemia, conlleva connotaciones negativas es recomendable acudir a otras formas, ya que el léxico técnico debe ser denotativo. Además, si acudimos al significado profundo del término inglés, observamos que tiene un índice muy elevado de vaguedad, ya que equivale a decir, tan solo, *expoliador*, en el sentido de que “rompe o altera algo”, por lo que faltan semas que delimiten el significado. Por los dos motivos anteriores, hace falta acudir a una voz sin connotaciones y que aporte mayor concreción semántica. El DRAE señala que el adjetivo *disruptivo* se refiere, en física, a aquello que produce una ruptura brusca. El término *deflector* se aplica, como indica el DUE, a las pantallas que desvían la dirección de un fluido. En español resultan formas aceptables *disruptores de sustentación* o *deflector aerodinámico*. En ambos casos se trata de compuestos que, por lo tanto, aportan un alto grado de intensidad, al mismo tiempo que resultan transparentes.

Flap designa a la superficie móvil y alar del centro del borde de salida de un ala que sirve para aumentar la curvatura de su perfil y la resistencia al viento. Si acudimos al inglés, los

significados de esta voz se multiplican para designar a prácticamente cualquier tipo de objeto alargado que adorna ropa o calzado, o que acompaña a todo tipo de mecanismos, llegando incluso, por un proceso de conversión, a coincidir la forma nominal con la verbal. La voz *flap* tiene un origen onomatopéyico y se refiere a la pala-matamoscas y al acto de usarla, al sonido que produce su movimiento. El sustantivo indica, por lo tanto, un cuerpo llano y ancho, que cuelga o está articulado y que pueda golpear u oscilar.

Flap encuentra su acomodo español en las formas *aleta hipersustentadora* o *aleta de sustentación*, formas mucho más explícitas que la inglesa; el acudir a tales compuestos. Además, ayuda a erradicar la polisemia de la morfología simple.

La forma *pod* designa a un contenedor que se cuelga debajo de las alas. Posibles opciones pueden ser los términos *vaina alar* o *envoltorio alar*, aunque no convencen demasiado desde el punto de vista de la asociación de forma y contenido: una vaina es, a fin de cuentas, lo mismo que un envoltorio, y estos, como indica su nombre, envuelven a algo, rodeándolo. La adición del adjetivo *alar* entorpece la claridad semántica, puesto que no es el ala lo que se envuelve, a pesar de que el compuesto dé esa impresión. Además, las alas pueden actuar realmente como vainas, ya que tienen tal uso cuando funcionan como depósitos de combustible, en cuyo caso reciben el nombre de *ala mojada* o *ala húmeda*, en contraste al *ala seca*, aquella que no aloja combustible.

Sin embargo, la forma *góndola alar* resulta aceptable, puesto que una góndola, en la terminología aeronáutica, es un alojamiento o receptáculo de algo, del motor, por lo general. Además, la forma tanto del motor como del compartimiento para carga del que hablamos, es alargada, por lo que existe una similitud de función y forma. El étimo de *góndola* se refiere, como indica el DRAE a un barco de cola corta, con lo que observamos la influencia de la terminología relativa a embarcaciones, y del italiano, en el léxico aeronáutico español. Sin embargo, y aunque no lo parezca, el inglés también acude a un significado del italiano para acuñar el equivalente de *góndola*, *nacelle*, procedente de la forma *navicella*. Pasamos por lo tanto de un anglicismo que responde a una morfología simple, *pod*, a una propuesta romance de compuesto: *góndola alar*.

Slat, equivale a lo mismo que decir *tablilla* en castellano. Es una voz del inglés que se usa en español técnico para designar a un tipo de alilla o tablilla del ala del avión. Tan solo decir *alilla* en nuestro idioma representa una delimitación semántica mucho más específica que la que aporta la voz *slat*, porque la morfología española hablaría de una superficie aerodinámica y no tan sólo de una *tabla*. Alillas y tablillas se refieren, en aeronáutica, a una superficie plana y móvil que incide en la sustentación. Por lo tanto, las formas *aletas (alillas) del borde de ataque*, o *aletas de ranura*, que es tal el efecto que producen tales superficies, pueden ser opciones aceptables. Desechamos las apuestas por la brevedad de la adaptación

del anglicismo a las normas del español (*eslate*), por varios motivos. Existe un alto índice de polisemia general y politécnica, porque el término se usa también, por ejemplo, en ingeniería agrícola, para designar a un suelo ranurado.

En aeronáutica, *slatyslot* son términos relacionados, ya que el segundo es resultado del primero; es decir, el movimiento de la tablilla o aleta conocida como *slat* produce un efecto de ranura que se denomina *slot*, por lo que se omite la palabra *efecto*. Un *slot* consiste en una ranura preparada para modificar la circulación de la corriente sobre el ala. La voz *slot* es un claro ejemplo de polisemia en diversos campos de conocimiento, y, de homonimia en la tecnología aeronáutica. En informática designa, igual que en aeronáutica, a una ranura, y, en esta última técnica también alude a cada uno de los puntos que ha de sobrevolar un avión de acuerdo a un programa y un tiempo dado.

Una propuesta para la eliminación del anglicismo crudo no debe ser la de su simple aclimatación a la forma *eslote*, con la aparente ventaja de que ello redundaría en la formación de un par parónimo, *eslate-eslote*, porque la calidad semántica de la voz inglesa es muy deficiente, ya que alude, tan solo, a una *ranura*. Las formas *aleta del borde de ataque* o *ranura alar* son clarificadoras y no demasiado largas, sobre todo la última. Además, en este caso no hace falta acudir a la adición de conceptos que completen el sentido de la voz, por tratarse de las únicas ranuras que hay en el ala. Sin embargo, si hacemos una prospectiva del futuro de tal opción, de seguro que los hablantes eliminarían la forma adjetiva *alar*, por motivos de economía lingüística. Para evitar que el acortamiento morfológico incida en la completitud semántica, la lengua española puede optar por la reducción léxica a una forma tal como *ralar* (*ranura alar*), lo que, incluso aportaría una similitud importante con otras voces aeronáuticas como *radar* o *ladar*. Los hablantes de lenguas romances debemos perder el pudor a la creación de reducciones léxicas, puesto que estas se utilizaban por los romanos. Además, se muestran como las formas más aptas para combinar la completitud semántica de un compuesto con la brevedad léxica.

La forma *tab* designa en inglés a una tablilla. En aeronáutica, bautiza a las aletas de estabilidad automática, pero, por su forma son parecidas a tablillas y no dan la impresión de alas ni de aletas. En inglés *tab* da cierta onomatopeya a la traducción, por lo que el anglicismo resulta bastante gráfico y sonoro, a la vez que breve. Sin embargo, posee el inconveniente de que muestra un morfema de género oscilante (*el tab/latab*), mientras que el de número añade una simple *s* tras otra consonante (*los tabs/las tabs*), lo que hace que el grupo consonántico sea difícil de pronunciar. Debemos desechar cualquier intento de aclimatación de la voz, por carecer de concreción semántica en inglés porque, como indica Slavíčková (2013: 29), la mayor parte de las palabras reducen sus significados al llegar al español. Posibles opciones son las de acudir a un compuesto, lo que siempre redundaría a

favor de la exactitud y de la intensión del término, o bien rescatar una morfología relacionada con el significado del anglicismo.

Desde un punto de vista semántico, los compuestos resultan ideales para denominar la superposición de mecanismos y dotar a la voz de intensión semántica, pero adolecen de otros problemas, como la longitud. En contraste, el empleo de nexos preposicionales puede convertirse en un elemento a favor, por aportar claridad de significado. En el primero de los casos, una opción válida puede ser la forma *tablilla de estabilidad*. Además, dicho compuesto es susceptible de reducirse a un acrónimo y en este caso la unión de las dos partes iniciales de los términos de origen parece la solución más plausible. Tal alternativa redundante en la aparición de la voz *tablesta*, que, sin lugar a dudas, es económica. Por otro lado, la voz *álula* también es breve y no parece incorrecta: designa, como indica el DRAE, al “grupo de plumas del borde anterior de las alas de las aves, que se insertan sobre el primer dedo y poseen funciones especiales para el vuelo”. Sin embargo, se trata de un caso de polisemia y extensión metafórica, lo que, en teoría, rompe las características ideales de un término, pero, no cabe duda, de que las metáforas ayudan a dotar de belleza al vocabulario técnico.

Conclusiones

Hemos visto a través de este estudio, la pobreza e indefinición terminológica de algunos artículos léxicos del inglés. Sin embargo, y por desgracia, existe una falsa captación cognitiva por parte de diferentes colectivos cultos no angloparlantes nativos sobre los tecnicismos. Los que vivimos la infiltración foránea en un campo de especialidad visionamos el sentido que se le otorga a la voz extranjera en nuestro campo específico, sin apenas percibir la falta de calidad, de exactitud terminológica de la importación. La especialización técnica y la singularidad morfológica en su campo de conocimiento son factores que provocan que el profesional perciba una voz pobre y genérica del inglés como una panacea léxica.

Ya va siendo hora de que se dejen de encumbrar vaguedades léxicas y semánticas a la categoría de soluciones para la ciencia y la tecnología. Ya va siendo hora de que la prensa, los científicos e ingenieros, e, incluso, los lingüistas, dejen de clamar las bondades del inglés en la comunicación de especialidad. Tal excelencia es una falacia que utiliza, tan solo, el primer sema de lo que, en realidad, es una cadena de ellos para representar un concepto complejo.

El inglés técnico echa mano de formantes latinos a los que deforma y mutila en la formación terminológica. Decir *tab*, *slat*, *flap*, etc. es exactamente lo mismo que hablar de un *listón*, una *tablilla* o una *aleta*, voces breves, al igual que las del inglés. Cualquier

colectivo hablante de lenguas romances nunca denominaría mecanismos tecnológicos con voces tan genéricas. Si el inglés resulta económico se debe, en muchas ocasiones, a su generalidad y simplicidad de denominaciones. Si, en contraste, el inglés acudiera al concepto para bautizar los mecanismos en cuestión, el panorama de longitud léxica sería muy otro, porque, por ejemplo, ranura alar pasaría de ser *slot* a *wing slot*.

Los tecnicismos españoles del siglo XXI deben ser exactos y breves a la vez. Para ello hace falta seguir un doble proceso: en primer lugar, acudir al concepto, y casar cada uno de los semas dentro de la morfología, a menos que exista un campo de exclusividad o de pertinencia. En segundo lugar, y cuando el posible compuesto resulte de longitud excesiva, conviene proceder a la reducción léxica que aportan las siglas y los acrónimos. El infundado complejo de inferioridad léxico ante el inglés técnico se revela un sinsentido ante la oferta de acuñación léxica que importamos.

Bibliografía

Alvar, M. "Ante las puertas del plurilingüismo". *ABC*. 27/5/1991.

Balteiro, I. "A reassessment of traditional lexicographical tools in the light of new corpora: sports Anglicisms in Spanish". *International Journal of English Studies*. 2011, Vol. 11. 2, P. 23-52.

Catalá, N. "Los problemas referentes al lenguaje científico en los diccionarios de uso". Bertha Gutiérrez Rodilla coord., *Aproximaciones al lenguaje de la ciencia*. Burgos: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2003, 499-523.

Gómez Capuz, J. *La inmigración léxica*. Cuadernos de lengua española. 84. Madrid: Arco Libros, 2005.

_____. *Préstamos del español: lengua y sociedad*. Madrid: Arco Libros, 2004.

Lan, W. *El anglicismo en el léxico chino mandarín y en el léxico español: su incidencia en la enseñanza aprendizaje de español como lengua extranjera*. Jesús Sánchez Lobato dir., Madrid: Universidad Complutense, 2004.

Lorenzo, E. "No todo es inglés III". *El español en la encrucijada*. Madrid: Espasa-Calpe, 1999, 249-252.

Pérez, L., y **Vivancos**, M. "Algunas consideraciones acerca del vocabulario técnico. Anglicismos científicos". Universidad de Alcalá ed. *Lenguas para fines específicos III: investigación y enseñanza*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1999, 443-453.

Slavičková, L. *Modos de la adaptación de los anglicismos en distintas variantes del español*. Univerzita Palackého V Olomouci. Radim Zámec. Dir. Olomouc (República Checa) 2013.

Trujillo, R. *Principios de semántica textual*. Madrid: Arco Libros, 1996.

Vivanco, V. *El español de la ciencia y la tecnología*. Lidio Nieto ed., Madrid: Arco Libros, 2006.

Vivanco, V. *Homonimia y polisemia: teoría semántica y aplicación lexicográfica*. Buenos Aires: Ediciones del Sur, 2003.

Walter, H. *L'aventures des langues en occident*. Robert Laffont ed. Paris : Laffont, 1994.

Fuentes

Rodríguez, F. *Nuevo diccionario de anglicismos*. Madrid: Gredos, 1999.

Moliner, M. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 2001.

Merriam-Webster. *Webster's Third New International Dictionary*. Colonia: Könemann, 1993.

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 2001.